

La apuesta exterior de Obama

CARLOS NADAL

LA VANGUARDIA, 8.03.09

El convencimiento de que Obama va a dar un cambio a su política exterior ha puesto en guardia a todos los estados y regímenes que han estado alimentando gran parte de su poder y su cerrada justificación ideológica en la suposición de tener en Estados Unidos un enemigo. O cuando menos una superpotencia con tendencias irreprimibles a avasallar.

La consabida referencia al imperialismo norteamericano. El gobierno de Bush abonó con creces esta posición por su demonización de determinados países, por la frecuencia con que distribuyó credenciales de buena y mala conducta o pretendió hacer de la guerra unilateral un supuesto adecuado método para extender los bienes de la democracia.

Pero de pronto de la gran potencia estadounidense llegan otros vientos. Los de un nuevo espíritu, de ideas imaginativas, de formas distintas de entender y poner en práctica las relaciones exteriores. Y esto, aunque se quiera esconder, preocupa en núcleos de poder poco inclinados y nada acostumbrados al contraste de pareceres, con poca disposición a escuchar.

Obama atrae a la vez que se le teme. Precisamente porque, al parecer, él y su notable equipo tienen convicciones pero están dispuestos a someterlas a la prueba del diálogo. Si en la Casa Blanca prevalece el ánimo proclive a la flexibilidad, muchos rigorismos dogmáticos pueden aparecer crudamente como lo que son. Y muchos populismos. Y

vociferantes demagogos. O manipuladores tenaces de los más variados y abusivos sistemas de hermetismo político. Están a la mano casos muy concretos. Cuba, Irán, Rusia, China, Siria, Venezuela y otros países latinoamericanos. Gobiernos, regímenes que de las maneras más diversas han utilizado a fondo el argumento de ser víctimas de la presión norteamericana.

En el plazo de pocos días Hillary Clinton ha sido clara portadora del mensaje de que la Administración Obama se dispone a adoptar un comportamiento manifiestamente distinto en su proyección exterior. Fue evidente en el curso de su visita a Pekín, en cómo hizo hincapié con los dirigentes chinos más en lo que les convenía para entenderse que en los motivos de desencuentro. Y se puso de manifiesto en la reunión con los aliados de la OTAN celebrada el jueves, donde la secretaria de Estado norteamericana recomendó vivamente la conveniencia de una aproximación a Rusia para resolver los diferentes malentendidos existentes. Postura que fue muy bien acogida por buena parte de quienes la escuchaban, aunque no tanto por otros.

No cabe respecto a esta nueva flexible actitud norteamericana entenderla con excesivo apriorístico optimismo sobre sus resultados. Pero sí con el alivio de que se busca romper con la política de muro contra muro. Algo que se hizo patente en la visita insólita del senador John Kerry y dos miembros de la Cámara de Representantes a Gaza y después a Damasco, donde seguirá la de otros enviados norteamericanos. Lo cual indica que en vez de poner contra la pared a Siria por su apoyo al Hizbullah libanés y al Hamas palestino, Washington busca ahora implicarla en la busca de un arreglo de la conflictividad regional que afecta a Israel, Palestina, Iraq y, por qué no, Irán. En la

misma línea cabe situar directamente la nueva diplomacia estadounidense respecto a Irán cuando la secretaria de Estado estadounidense propone que el Gobierno de Teherán participe en conversaciones internacionales de nivel regional sobre la situación en Afganistán. Una invitación que puede colocar al antiamericanismo del presidente Ahmadineyad y del núcleo duro del régimen radical islamista en una situación incómoda. Precisamente porque la realidad social y económica ha defraudado al país y la apuesta por el arma nuclear como reto a Estados Unidos y medio de movilizar el sentimiento nacionalista puede no tener el efecto deseado e influir en las próximas elecciones presidenciales, a las que se presenta el ayatolá moderado Jatami.

Por otra parte, en Cuba, la caída de Pérez Roque y Carlos Lage, defenestrados por Raúl Castro, suena a cierre de filas de gente segura, dejando de lado a un Fidel acabado, en previsión de que en Washington comiencen a desmontar el tinglado improcedente e inservible del bloqueo de la isla. Se acerca la hora temida de la verdad para el castrismo. Y al mismo tiempo la que podría ser ocasión de minimizar los teatrales abrazos y ayudas del venezolano Chávez y las veleidades de una nueva versión a lo Putin de la presencia rusa en el patio trasero de Estados Unidos. Porque en el fondo las miradas en Cuba están puestas siempre en el vecino del norte.

Se ha calificado el activismo de Obama de titánico. Lo es emprender a la vez medidas muy valientes para atajar la crisis económica en el interior y tomar iniciativas decididas en la política exterior. El nuevo presidente no renuncia a cambiar las cosas. En ello le va su crédito. Tal vez, hasta la vida. Y el caso es que nada le será fácil. Afganistán, con Pakistán detrás de la escena, es la muestra más apremiante de que es así. Y en todos los

aspectos citados aquí demasiados quistes han ido creciendo y endureciéndose en puntos vitales. Tanto por causas internas en cada caso como en general por la deriva viciada del comportamiento norteamericano.

Pero justamente por esto es cierto que ante un cambio sustancial de la diplomacia estadounidense el antiamericanismo por principio puede revelarse obsoleto como instrumento para el refuerzo ideológico de regímenes afectados de evidentes carencias en cuanto a libertades y derechos.